

## *La calavera de oro*

Qué vida la nuestra, se dice que te lleva por diferentes caminos, que nunca se sabe lo que te depara y que tú no puedes hacer nada para evitarlo. Arrastra, impele, arrambla... como un *gusano* ahogado en el torrente de sangre del animal enfermo y sacrificado. Pero no, la vida no es la causante, eso sería demasiado fácil, demasiado simple, eso es solo una excusa para ocultar la verdad: somos débiles, caemos en las tentaciones y nadie se libra del mal. Este relato que me dispongo a escribir es mi propia caída al más terrible de los males. Aún puedo escuchar a la Culpa, su voz es como un alarido: «*Non once nitet aurum est*»<sup>1</sup>. Si esto es la vida, ¿qué nos deparará el infierno?

Desde pequeños, mi hermano gemelo y yo habíamos estado muy unidos. Aunque a los dos se nos daba bien trabajar con las manos, cada uno desarrollamos nuestras propias habilidades. Él era un experto de las minas capaz de llegar hasta el recoveco más profundo y extraer las cosas más extrañas, en cambio yo era un experto en esculpir, en dar forma a aquello que él me daba. Aprendimos a trabajar juntos y con los años, lo que era una afición se convirtió en nuestro oficio: cuando cumplimos los dieciocho años abrimos un pequeño negocio justo al norte de Recamador. Al principio parecía que funcionaba bien, sin embargo, con la última sequía llegó el hambre y con ello, la pobreza. Nuestras creaciones alimentaban el alma, pero no el estómago, por lo que decayeron los clientes y con ello, nuestro ánimo. No ganábamos mucho, lo suficiente para sobrevivir y para dirigirnos al mes unas cuantas palabras sobre la calidad de los materiales y la dificultad de moldearlos. Poco a poco entre nosotros se empezó a crear una grieta, ninguno hicimos por verla y con el tiempo, acabamos por ignorarla. La grieta ayudó a Gólgota a acceder a zonas muy profundas; no obstante, la sequía también había inundado los túneles, no encontraba nada que me sirviera, hasta que un día apareció *ella*. Todavía recuerdo cómo Gólgota me dijo: «Helminto, mira lo que he encontrado allá abajo».

Era de noche, el viento era caliente y las ramas sin hojas se movían agitadamente con crujidos ululantes. Acababa de terminar mi última obra, una rana bastante deprimente hecha de roca y tierra, para mí era complicado encontrar la belleza en lo grotesco de esos materiales y mis esculturas manifestaban esa pobreza. Me dispuse a limpiar antes de cerrar la tienda, con hastío aparté todo lo que me resultaba molesto: los restos de roca y polvo de la escultura, el montoncillo de grava de las piedras preciosas que nos quedaban

---

<sup>1</sup> *Non once nitet aurum est* se traduce como: no es oro todo lo que reluce.

de otros tiempos y los cuerpos inertes de los animales de mi hermano. Como recordarás, Gólgota tenía la costumbre de recolectar todo lo que llamaba su atención, aunque la mayoría eran rocas, lo que más le gustaba eran los esqueletos de los animales. Ya de crío traía a casa la columna vertebral de una cabra, la mandíbula de un jerbo o las uñas de un topo, una vez incluso trajo la muda de una serpiente: era inmensa y los vecinos, sorprendidos, estuvieron visitándonos durante días para verla. Me agradaba que se dedicase a aquello porque, de todo lo que traía, siempre había algo que servía para inspirarme. Cuando perfeccioné mi técnica y mi imaginación no los necesitaba, su manía comenzó a darme asco. Por fin veía a mi hermano como lo hacían todos en el pueblo, un tipo de pelo negro como el hollín y carácter extraño. En soledad, feliz y en comunidad, áspero. Solo conmigo se esforzaba en sonreír. Estaba decidido, en cuanto Gólgota regresara de las minas, le diría que no quería volver a ver esas monstruosidades.

En el momento que entró y puso su saco sobre la mesa de metal, yo estaba amontonando unas cajas, puede escuchar el golpe pesado desde el almacén. Al saludarle, le vi con un brillo febril en los ojos y con ella, *la calavera de oro*. No supe qué decir, era de un cuerpo humano, ¿de dónde la habría sacado? ¿La había comprado? Cogí el saco, en su interior no había ningún material útil para mis creaciones, solo huesos, animales podridos y tierra. Enfurecí, vivíamos en la miseria y él se dedicaba a gastar tiempo y dinero en... Gólgota me frenó, trató de explicarme que la había encontrado en una nueva gruta, pero yo no pude creerlo. Le arranqué la calavera de las manos, la metí en el saco y tiré todo a la esquina más oscura del taller. Durante los segundos que la sostuve en las manos pude presentir un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo y un perfume nauseabundo que me inundó los pulmones y, sin embargo, también experimenté un gran gozo. No pude dormir en toda la noche, no dejaba de darle vueltas a todos nuestros problemas y, además, esa maldita calavera había empeorado mi relación con Gólgota que, tras la discusión, se limitó a marcharse y dejarme solo. Las pesadillas se apoderaron de todo con sus imágenes, sus olores y sus voces, esa fue la primera vez que escuché su voz venida de la ultratumba.

A la mañana siguiente lo arreglaría con Gólgota, le necesitaba si quería que el negocio funcionara. Camino a la tienda, parecía que todo estaba olvidado, el Sol brillaba con fuerza y los pájaros cantaban, todo había quedado en un mal sueño o eso pensaba. Encontré a Gólgota absorto en el taller trabajando en aleaciones y sobre mi mesa, su saco. Quería gritarle, no porque dejara sus trastos encima de la mesa, sino por retarme hasta ese extremo. La calavera de oro estaba allí, podía sentirla. Me acerqué con lentitud al saco

y lo abrí con cuidado. En su interior no solo estaba la calavera de oro, también estaban los huesos, pero no eran amarillentos y astillados como la noche anterior, ¡eran dorados y robustos! En el taller no entraba la luz del día y de manera repentina fui al mostrador de la entrada para examinarlos con detenimiento. Gólgota, sobresaltado por mis pasos, me siguió para ver qué sucedía. Volqué el interior del saco y las piezas de oro cayeron con estrépito. Los pequeños cuerpos de oro se desperdigaron por el mostrador, iba a recriminarle a Gólgota, pero estaba tan sorprendido como yo. En ese momento supe que era cierto, él no sabía nada. Quizás tenía razón, quizás sí se la hubiera encontrado, quizás la rabia me había cegado... Aún con todo, ¿qué explicación tenía esa metamorfosis? Entonces, la señora Raven, mujer del carnicero entró a la tienda, era de las pocas clientas que venía a comprar con frecuencia. En un acto reflejo escondí la calavera, pero no me dio tiempo a ocultar el resto de las figuritas de oro. Al verlas, la señora Raven acudió directa para observarlas detenidamente: «¡Qué exquisitez, Helminto! Ya era hora que volvieras a resurgir». La señora Raven pensaba que eran creaciones mías y dispuesto a disuadirla, le ofrecí en su lugar la rana de piedra en la que había trabajado durante la última semana. No podía permitir que el pueblo se enterara, supondría el fin de mi negocio. Pero ella renegó ofendida la propuesta, sabía lo que quería: una alondra de oro. Gólgota y yo no pudimos hacer otra cosa más que sonreír y envolverle su escultura con la mayor normalidad posible. Me gustaría decir que respiramos aliviados en cuanto se fue, pero no fue así, sabíamos que la señora Raven gustaba de ejercitar la lengua y si nos descubrían, los vecinos codiciarían nuestra suerte.

Pasamos el resto del día inspeccionando la calavera como si en ella estuviera la respuesta de aquel milagro. No descubrimos nada y agotado, caí dormido sobre la mesa. Solo cuando un estremecimiento me recorrió el cuerpo, abrí los ojos. En ese preciso momento lo vi: pude observar cómo una parte del montón de restos se convertía en oro. Me levanté de la mesa, me frote los ojos y al acercarme quedé impresionado pues solo los restos de animales se habían convertido en oro: la calavera convertía en oro todo aquello que una vez había albergado vida. La transformación no solo había surgido efecto en ellos, también yo cambié. Corrí apresurado a contárselo a Gólgota que aceptó todo lo que le dije con naturalidad. No era una explicación razonable, aún no conocíamos su procedencia, pero era una explicación suficiente como para brindarnos unos instantes de falso alivio. Con esa tranquilidad, pude conciliar el sueño. No había pesadillas, solo calma, creía que algo estaba por llegar y no me equivocaba, me dormí complacido. Al día siguiente, como esperábamos, el rumor de las esculturas de oro que creaban los gemelos

Helmintho y Gólgota se extendió por toda la región. En las primeras horas de la mañana solo aparecieron uno o dos compradores, pero por la tarde vinieron tantos que tuvimos que cerrar antes de hora porque no nos quedaba nada que ofrecer. Decidimos sacar provecho del asunto, después de todo, habíamos trabajado muy duro y nos lo merecíamos: Gólgota recogería restos de cuerpos por la noche para no levantar sospecha y en la mañana, yo los vendería como artista. Juramos llevarnos el secreto a la tumba, y así hicimos los dos, al menos hasta ahora.

En las semanas siguientes, nuestro éxito no paraba de aumentar y los clientes pasaron de ser vecinos curiosos a coleccionistas de todas las partes de la provincia. Gólgota se volvió más sociable, se mostraba contento con nuestra nueva condición de creadores y dejó de bajar a la mina. La grieta que nos separaba parecía haber desaparecido por completo. Empezaba a sentirse a gusto viviendo en el exterior, todo gracias a la calavera de oro. Aunque mi trabajo cada vez aparentemente agotador, no lo fue tanto como el de Gólgota que acopió todos los animales exánimes del pueblo. No obstante no era suficiente, necesitábamos conseguir más y a Gólgota, en un instante de frenesí, se le ocurrió la idea que cambió el trascurso de esta historia y a nosotros de manera irreversible: necesitábamos matar. La solución parecía brillante, así que comenzó a matar pequeños animales como ratas y gatos, pero los compradores que habían hecho un largo viaje para vernos, no se conformaron con cualquier cosa y Gólgota tuvo que matar animales más grandes. Con cada muerte que causaba, su sentimiento de culpa aumentaba. Él no quería acabar con la vida de esos seres inocentes, pero se sentía obligado a seguir haciéndolo.

Un día de otoño, la señora Raven nos dijo que vendría a visitarnos un primo suyo de un país lejano. Le esperamos con intriga durante semanas y cuando finalmente le recibí, me quedé de piedra, quería hacerme un encargo: no quería esculturas de animales, quería una estatua. Me daba libertad para crear lo que yo quisiese siempre que fuera una forma humana hecha de oro, a cambio, me ofrecía el dinero de toda una vida. Sin pensarlo dos veces acepté y al apuntar el encargo, me di cuenta de que no sabía su nombre. Cuando se lo conté a Gólgota no pude contener la alegría y pensando que el gozo sería el mismo, le invité a celebrarlo en la taberna. Brindando juntos me di cuenta de lo mucho que habíamos cambiado desde que éramos niños. Nuestra grieta volvía a ser insalvable. Casi de la noche al día su cabello había pasado de ser negro hollín a un sucio gris, sus manos estaban entumecidas y se había convertido en un ser completamente taciturno. No había casi nada que tuviéramos en común, solo el negocio y la calavera de oro que él comenzaba a odiar. No quería pensar en eso, esa noche no, así que bebí y bebí. Tras varias copas de

hipocrás, saqué la calavera del saco y la besé. ¡Me hacía tan feliz! En cuanto Gólgota me vio, cogió la calavera para esconderla de las miradas fisgonas y me espetó: «Helminto, nunca más participaré de lo que estás haciendo aquí arriba» y volvió a las minas. Achaqué su comportamiento a la envidia y a los celos de mi éxito, al fin y al cabo yo era el gemelo con más talento. De vuelta recorrí las calles de mi pueblo. Las casas de Rocamadour crecen hacia arriba en uno de los lados del acantilado, justo a la derecha del río Alzou. Allí todo es de piedra, los pasadizos son estrechos y las cuestas, empinadas. Los pobres se refugian en las salidas de los hogares y los que no lo conseguían, acababan muertos de frío en algún rincón o artos de tanta vida miserable, saltaban de un saliente del acantilado. Me dispuse a cruzar la Puerta de la Higuera y giré a la izquierda bordeando la muralla, buscando mi presa. Como todas las noches, allí estaba en el banco un anciano, me vio acercarme y me saludó como a un viejo amigo. «Ven, te esperaba», me dijo y al sacar el afilado cincel me devolvió una sonrisa. Se tumbó, cerró los ojos y, antes de tocarle, expiró. Pletórico por la dicha, me apresuré a acercar la calavera de oro a su cuerpo inerte y se convirtió en oro. Esa noche no sería un asesino.

En el momento que lo subí al pedestal del taller, mi conciencia estaba tranquila. Con la luz del día pude ver mi creación. Era un anciano de rostro gentil y complexión muy delgada, las arrugas adornaban su rostro, el pelo le caía ondulado, pero sin movimiento, y los dedos de los pies y manos estaban encogidos. Coloqué la mano en su mejilla, el tacto era frío y rugoso, costaba creer que una vez hubiera albergado vida. La puerta se abrió y así me encontró junto a la estatua el que iba a ser su nuevo dueño. El primo de la señora Raven quedó encantado con la obra y yo con su dinero, por lo que en cuanto se preparó para el viaje, me encargó otra; sin embargo, esta vez sí me demandaba una serie de pautas, quería algo más delicado. Mientras me los describía, pude ir formando en la mente la estatua perfecta: escogería el material, haría el armazón y comenzaría a esculpir las secciones grandes para acabar haciendo las texturas de las pequeñas... Nada más salió de la tienda me puse a trabajar en mi obra. Esperé a que Gólgota apareciera, pero no se presentó ese día ni tampoco los siguientes. Acabé por cerrar el negocio y me confiné en el taller, estaba tan atareado que descuidé el resto de las esculturas, solo podía dedicarme a ella. No recuerdo mucho de esas semanas, solo dormía y esculpía, la locura se apoderó de mí. Tan desmesurada fue mi obsesión que empecé a hacerlo todo con la calavera de oro, incluso dormía con ella, llegó al punto de que juntos éramos uno y no podía despegarla de la mano. Las pesadillas volvieron y con ellas la voz, a veces en mitad de la noche, unos gritos desgarradores me despertaban, eran

de una mujer. Su voz se metía en mi cabeza y para evitar los malos sueños, me acostumbré a trabajar de noche. Mi mente estaba tan dispersa navegando entre lo consciente y lo inconsciente que no sabría decir qué ocurrió y qué no, qué hice yo y qué hizo la calavera.

Desconozco cuanto tiempo pasé encerrado, pero la noche que di por finalizada mi obra, salí a tomar un poco de aire, estaba inquieto: había algo que le faltaba, pero no sabía el qué. Fue extraño sentir de nuevo el frío en la cara, exhalar vaho y el aire limpio era reconfortante, llevaba mucho tiempo encerrado respirando una amalgama de olores a excremento, descomposición y almidón. Antes de volver al taller a darle el último toque, escuché que algo se movía entre las sombras, agarré con fuerza el cincel y el martillo, se avecinaba una tormenta. Al bajar al taller escuché otra vez los sollozos de esa voz. «Cállate, mujer», le dije. Entonces, una sombra se abalanzó sobre mí. Forcejamos y caímos por la escalera hasta acabar a los pies de la futura estatua. La sombra se detuvo frente a ella y me sentí satisfecho, por fin alguien veía el resultado de mi trabajo: la mujer esculpida era monstruosamente bella. Estaba encadenada al taller, llevaba las muñecas sujetas a la espalda y sus medidas corporales eran extrañas. Se le marcaba cada uno de los huesos, especialmente la columna que parecía albergar en su interior una serpiente con espinas, los pies de loto habían sido deformados con zapatos de hierro, las manos habían sido cosidas entrelazadas para permanecer siempre unidas y la cintura había sido exprimida al máximo para hacer sobresalir su cadera. Por toda su piel había estampados de flores y animales, algunas de las heridas todavía estaban en carne viva y no parecían que fueran a cicatrizar. En la boca llevaba un bozal que ya no necesitaba porque le había cortado la lengua, su voz era molesta y esa parte del cuerpo quedaría oculta tras su boca cerrada, pero yo disfrutaba viéndola con ella puesta. Era tan placentero ser el creador de una obra tan hermosa. ¡Oh, si pudieras haber visto su cara! No me hizo falta tocarla, el horror había hecho más que suficiente con su semblante. Llevaba semanas, meses o años alimentando y manipulando a aquella mujer de cuerpo extraño, esculpiéndola para conseguir las medidas que yo quería y así poderla entregar al mejor de mis clientes. «Helminto» escuché, era casi como un susurro, reconocía esa voz. La sombra se cernió sobre mí, llevaba algo en el puño y creyendo que quería robarme la calavera de oro, cogí el martillo y el cincel, y se la clavé en el cuello, decapitándola. La cabeza rodó por suelo polvoriento, al mirarla descubrí que debajo del carbón y la tierra se ocultaba el rostro de mi hermano Gólgota. Qué vida la suya. En su mano guardaba un montoncito de roca y piedras preciosas, había encontrado una nueva mina que explotar juntos, como hacíamos antaño. La sangre no paraba de brotar de su cuerpo. Para que nuestro sufrimiento no fuera

en vano, juré que destruiría la calavera de oro, pero no sin antes terminar mi última escultura. Vi como las sedientas lágrimas de la mujer intentaban abrirse paso sobre su mejilla, ese era el detalle que le faltaba. Se dejó caer sobre las rodillas y aceptó su destino, con un rápido movimiento la descabellé. Coloqué la calavera de oro sobre sus piernas y observé como la sangre le había dotado de un dorado aún más brillante, casi palpitante. Con la mezcla del oro y la sangre, la estatua se empezó a erigir en oro rosa. Espere sin prisa a que finalizara la metamorfosis de mi escultura mientras pensaba en el pecado de fratricidio que acababa de acometer.

Destruí la calavera, juro que lo hice, pero no podía quebrantar su cuerpo, el suyo no. Cuando llevé arrastras el cadáver de Gólgota hasta la mina más profunda de la tierra y saqué su cabeza del saco para darle el último beso, sentí un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo y un perfume nauseabundo que me inundó los pulmones. En mis manos sostenía una calavera de oro, pero esta vez era la de Gólgota. La tiré asustado a la tierra y comencé a cubrir su cuerpo lo más rápido que pude hasta que quedó oculta, hasta que el terror disminuyó, hasta que pude volver a respirar polvo y gusanos. Con cada paso que daba para salir de ese horrible lugar, escuchaba bajo los pies el crujir de huesos y piel desgarrándose. Es por eso que escribo este relato, por si alguien decide escarbar en esta parte del túnel que sepa las consecuencias que acarrea. Querido lector, si yo fuera tú, volvería a enterrar esta historia, cogería mis cosas y huiría lo más lejos que pudiera porque en estas minas solo encontrarás muerte. Te preguntarás que pasó después, aún ni yo mismo lo tengo claro, estuve esperando un largo tiempo a que el comprador de mi última estatua viniera a por ella, pero nunca se me volvió a aparecer. Así que lo mejor que pude hacer fue firmarla bajo la autoría de «Helminto y Gólgota» y donarla a un museo de Rocamadour.

Qué vida la mía. Eso sí, no pienso, ni quiero, aceptar que mis acciones son las verdaderas causantes, porque no lo son, yo no tengo La Culpa. A veces me encuentro a mí mismo en mis peores pesadillas, veo en el reflejo de la sangre como me arrastro. El gusano ha sobrevivido, sale por el ojo de la calavera viscoso, despreciable y sin escrúpulo alguno. «*Non onme nitet aurum est*», cada día sus voces se hacen más débiles en mi interior y solo me pregunto: ¿A caso los gusanos nos merecemos un lugar en el infierno?